

santa sede; pero en el siglo XVI, los destinos del cristianismo no estaban ya ligados á la Iglesia romana; el verdadero espíritu cristiano se encontraba en el campo de la Reforma. Al tomar partido por aquélla contra ésta, el emperador pretendía hacer retroceder la humanidad á la Edad Media, tentativas retrógradas que fracasan siempre; y la historia rehúsa el título de grandes á los que abusan de su poder para impedir la marcha progresiva de los pueblos por la senda de la verdad. Y no tenía más mérito el sistema político de Carlos V que sus ideas religiosas; tampoco significaba más que un retroceso, toda vez que lo que se proponía restaurar era el viejo santo romano imperio; pero como la restauración de lo pasado no es jamás posible, los proyectos de Carlos V, si se hubiesen realizado, habrían producido una especie de monarquía universal. Supongamos que la Francia hubiera sucumbido: ¿quién hubiera podido resistir á un emperador hereditario de Alemania, rey y señor de Italia, de los Países-Bajos y de España? La monarquía de Carlos V habría detenido el progreso de las naciones, y comprimido la libertad de pensamiento y su benéfico desarrollo. ¡Bendigamos á Dios por haberse servido del interés de los príncipes para combatir una ambición que en todas las cosas hubiera sido un obstáculo á los progresos de la humanidad!

## § II. - Oposición de las naciones.

Los historiadores políticos atribuyen al reinado de Carlos V el establecimiento del equilibrio europeo. "Antes de él, dice Robertson, los Estados de Europa se hallaban desunidos y aislados; desde el advenimiento de Carlos V se unieron por medio de tan íntimos vínculos que se les ve formar como una gran república, y velar con tan diligente cuidado por su independencia, que, á pesar de las infinitas guerras que han agitado posteriormente á la Europa, los Estados europeos se han mantenido poco más ó menos como estaban formados en el siglo XVI," (1). El atribuir á plan sistemático las guerras que señalaron el reinado de Carlos V es aventurar demasiado. Cierto es que entónces comienzan á germinar las ideas de equilibrio; ya en el siglo XV habían practicado los

(1) ROBERTSON, *Ilist. de Carlos V*, lib. XII.

Italianos el sistema bien natural de estorbar la concentración de un gran poder en las manos de un solo Estado. Y cuando al comienzo de la Edad moderna invadieron los Franceses la Italia, los pequeños reinos que allí se habían formado buscaron su salvación coaligándose contra la ambición francesa. El advenimiento de Carlos V dió otra dirección á sus temores. Establecido en Milan y en Nápoles el poderoso emperador, tenía encerrada la Península y amenazaba ahogarla entre sus brazos. Se comprende perfectamente, como decía un embajador francés, que los príncipes italianos viesan en la Francia "el principal y acaso el único obstáculo que impedir podía al emperador dar libre curso á su ambición," (1). Tenían, por lo tanto, aquellos príncipes verdadero interés en que la Francia se conservase en todo su vigor, como que era la garantía de su seguridad contra el emperador. Tal fué la idea del equilibrio, aun cuando no se pronunciase la palabra. No tardó en pronunciarse; y ¡cosa singular! fué una mujer, la gobernadora de los Países-Bajos, una de las muchas diplomáticas de corsé, que por aquellos tiempos produjo la Casa de Austria, la que pronunció la frase. María, reina de Hungría, escribe en 1553 que la mayor parte de los príncipes permanecían neutrales en la lucha empeñada entre España y Francia, "porque el temor que les infundía la grandeza de los adversarios les inclinaba, dice, á contrabalancear su poder," (2).

Hé ahí, se dirá, la palabra y la cosa; pero sería un error. En realidad, las continuadas luchas entre Carlos V y Francisco I, en las cuales más de una vez intervinieron Enrique VIII y Solimán, fueron luchas de ambición y de una ambición frecuentemente inconsiderada. Un gran historiador, Mr. Guizot, ensalza el haberse hecho hereditaria la monarquía como principio y fundamento de la unidad y de la grandeza de los Estados modernos. Que la herencia del poder supremo sea un elemento de fuerza, nadie lo puede negar; pero la medalla tiene su reverso allí donde los reyes gobiernan sin la intervención del país, y esto sucedía en el siglo XVI en toda la Europa: las instituciones feudales desaparecían en todas partes en provecho del

(1) Carta del embajador francés en Venecia, año 1549 (CHARBIERE, *Negociaciones de Francia con los países de Levante*, t. II, página 99.

(2) GRANVELA, *Papeles de Estado*, t. IV, p. 121.

poder absoluto de los reyes. La monarquía absoluta parece á primera vista que es una causa de engrandecimiento; pero la historia atestigua en cada una de sus páginas, que es, por el contrario, un germen de enflaquecimiento; cierto es que da una fuerza inmensa al príncipe, pero pone esa fuerza á disposición de las pasiones, y son siempre los malos instintos los que se sobreponen en el hombre que tiene el derecho de decir: "el Estado soy yo." Puede suceder que el egoísmo monárquico responda al interés de las naciones; pero será efecto del acaso, si es que no de la Providencia, la cual suele servirse de nuestros errores y hasta de nuestros crímenes para cumplir sus designios. Esto no obsta para que la política de los reyes sea esencialmente personal, y los derechos y las necesidades de los pueblos no sean más que un instrumento en sus manos.

Se ha decorado con el bello nombre de política nacional la ambición de los príncipes que procuran dilatar sus fronteras; pero más bien se debería decir que han sido las naciones las víctimas de esa fiebre de conquistas. Nada más impolítico que la política de Francisco I; nada más caprichoso ni más miserable que la política de Enrique VIII. Se les atribuye una prevision que no tenían cuando se dice que sus guerras fueron inspiradas por la idea de la conservación; nunca se elevaron aquellos reyes á la idea de una balanza de poder. Sin duda que el resultado de su larga rivalidad fué contener los proyectos de Carlos V y consolidar las nacionalidades; pero esta fué obra de Dios, cuyo mérito no hay que atribuir á los hombres. Ni aun podía en el siglo XVI pensarse en una oposición real de las naciones contra la tentativa de restauración del imperio, porque todavía las naciones no tenían órganos. Y aun dando de barato que existiera la oposición de las nacionalidades á la monarquía universal de la Casa de Austria, todavía tendríamos que atribuir esas altas miras á la Providencia. La historia nos ha enseñado lo que Dios quiso; vamos ahora á ver lo que querían los hombres.

## N.º 1. — La Francia.

Cuando se compara la Francia y la España en la primera mitad del siglo XVI, causa admiración el que los historiadores hayan acusado á la Casa de Austria de haber aspirado á la monarquía univer-

sal; más bien podría creerse que correspondía á su rival tan ambiciosa pretensión. La Francia tenía desde aquella época todos los elementos de poder que hoy la aseguran el primer puesto entre los grandes Estados: una población guerrera por excelencia, un territorio de admirable riqueza, y, sobre todo, el genio de la unidad. Los enviados venecianos, observadores tan finos y tan exactos, lo advirtieron con suma perspicacia: "El rey de España, dicen, tiene muchos reinos, pero desunidos todos. El rey de Francia tiene un solo reino, pero bien unido y obediente; sus once provincias son otros tantos miembros vigorosos de un solo cuerpo, que se comunican mutuamente la fuerza y la vida," (1). Los venecianos colocan sin vacilar la Francia por cima de todos los reinos de la cristiandad (2); dicen que de todos los Estados era el más á propósito para hacer conquistas (3). ¡Cosa singular! Denotan temer más la ambición de Francia que la de España, y uno de ellos, *Marino Cavalli*, escribe en 1546 que la Francia habría marchado á grandes pasos tras la monarquía universal á no ser el obstáculo que encontró en la rivalidad de Carlos V (4). De esta manera el embajador de Venecia destruye la tesis adoptada por la historia: según él, no es Francisco I quien ha salvado á la Europa de la monarquía de Carlos V, sino el emperador el que ha impedido la dominación de la monarquía francesa. Los hechos han dado la razón al diplomático italiano; si la Europa tiene que temer por su libertad, el peligro no la viene de España, sino de Francia.

En apariencia, sin embargo, la opinión de *Marino Cavalli* era una paradoja. Escribía en 1546: algunos años después la Francia se veía desgarrada por la guerra civil, y el rey de España pensaba seriamente en colocar sobre su cabeza la corona de los Valois. En realidad, la flaqueza momentánea de la Francia, en la segunda mitad del siglo XVI, sirve de apoyo á la tesis de los enviados venecianos; porque precisamente por hallarse debilitada á consecuencia de las disensiones religiosas fué

(1) MARINO CAVALLI, 1546, véase á ALBERI, *Relazioni*, I, 1, páginas 232, 235; MICHELE SORIANO, 1559, en ALBERI, I, 3, 375; ID., 1561, en TOMASEO, *Memorias de los embajadores venecianos*, tomo I, p. 473.

(2) JUAN LIPOMANO, 1577, dice que la Francia es "spín considerabili d'ogni altro regno, d'ogni altro imperio, e d'ogni altra monarchia" (TOMASEO, II, 546).

(3) BARBARO, 1563, en TOMASEO, II, 16.

(4) MARINO CAVALLI, en ALBERI, I, 1, p. 232, 235, y en TOMASEO, I, 270, 276.

casi nula su influencia hasta el advenimiento de Enrique IV y de Richelieu. "Si los Franceses no estuvieran divididos por la causa de religion, dice Correro, inspirarian terror al mundo entero," (1). Las guerras religiosas pusieron á la Francia bajo la dependencia del extranjero. ¿A quién hay que atribuir aquellas horribles luchas? ¿Qué papel desempeñaron en ellas los reyes? El fanatismo católico fué el que las encendió: podía el monarca pronunciarse ó por el catolicismo ó por la Reforma, y podía tambien imponer la tolerancia á las dos confesiones rivales; ninguno de esos partidos tomó. Los reyes se hicieron los instrumentos de las pasiones católicas sin participar de ellas: perseguidores sin conviccion, no podían tomar el primer papel en la reaccion católica; no tenían la fuerza que da el catolicismo, y de otra parte se enajenaron la que les hubiera dado la Reforma; de ahí su nulidad. Y no fué ménos inconsecuente su ambicion guerrera que su política religiosa.

La grandeza de la Francia la constituye su admirable unidad. Pero en el siglo XVI todavía no estaba formado su territorio; quedaban fuera de la monarquía francesa poblaciones cuyo origen y costumbres comunes las destinaban á vivir bajo un mismo régimen. La Francia necesitaba completar sus fronteras del Norte y del Este, y á este fin hubieran debido los reyes encaminar sus esfuerzos. Un príncipe poderoso por el genio de la unidad que le inspiraba había advertido el camino por el cual debieron marchar sus sucesores; Luis XI, abandonando la Italia á sus divisiones, dirigió toda su solicitud á adquirir la herencia de la Casa de Borgoña. Los hombres políticos comprendían perfectamente en el siglo XVI que por allí se hallaba abierto el camino al espíritu de conquista. Un embajador de Francia en Constantinopla escribe en 1558: "Arrojad á los ingleses de Calais, y llevad adelante vuestras fronteras hasta que toqueis al Rhin, límite natural de la monarquía de las Galias," (2).

Gracias al genio de Richelieu, aquella política vino á ser la de la monarquía en el siglo XVII. En el XVI, los reyes de Francia no tenían política, porque no se puede dar ese nombre á la loca ambi-

(1) CORRERO, en TOMASEO, *Memorias de los embajadores venecianos*, t. II, p. 150.

(2) CARTA DE DE LA VIGNE, en 1558, véase CHARRIERE, *Negociaciones de Francia con los países de Levante*, t. II, 150, nota.

cion que los llevó á Italia. Carlos VIII inaugura la época de la ligereza francesa: tenía en sus manos el Rosellon, el Artois y el Franco-Condado. Por el tratado de Barcelona (1493) entregó el Rosellon á Fernando el Católico, y por el tratado de Senlis restituyó el Artois y el Franco-Condado á Maximiliano de Austria. No son los desastres de la guerra los que le movieron á consentir en aquellas cesiones, puesto que se hallaba á la cabeza de un ejército anheloso de combates; no fueron tampoco escrúpulos de conciencia: los tiempos de San Luis habían pasado ya. ¿Cuál fué entonces el móvil para aquel acto del joven rey? Si disponía con tanta liberalidad de provincias enteras, es porque había recibido una magnífica compensacion: un descendiente de los Paleólogos le había hecho donacion del imperio griego; el acta redactada en Roma lo había sido en toda regla: el donante renunciaba todas las causas de revocacion y no se reservaba más que la Morea y el Peloponeso (1). Verdad es que el príncipe griego disponía de lo que no era suyo; pero Carlos VIII iba á reconquistar su imperio á los Turcos, despues de lo cual y como de paso se apoderaría de la Italia:

«Daría grandes batallas,  
subyugaría las Italías,  
hecho lo cual se marchará  
y la mar pasará.  
Invadirá la Grecia,  
donde con gran proeza  
será aclamado rey,  
y entrando en Jerusalem  
subirá al monte Olivet.» (2).

Hé aquí los castillos en el aire que levantaba un joven alocado que se comparaba muy modestamente á Carlo-Magno en el acta de donacion del imperio griego. No necesitó más que un paseo militar para conquistar la Italia; pero la perdió más aprisa que la había ganado. Abierta la fatal senda, Luis XII y Francisco I se lanzaron á ella tras de Carlos VIII. Tenían una sólida conquista que hacer á sus puertas, y en lugar de extender las fronteras de la Francia, gastaron la sangre y el dinero de la nacion para llegar á ser duques de Milan ó reyes de Nápoles.

Francisco I se ha conquistado un nombre como protector de las letras, y no parece sino que por aquel medio ha seducido á los literatos que escri-

(1) Acta de cesion hecha por Andres Paleólogo á favor de Carlos VIII, en las *Memorias de la Academia de las Inscripciones*, t. XVII.

(2) FILON, *Historia de la Europa en el siglo XVI*, t. I, p. 203, nota 3 (versos de un contemporáneo, GUILLACHE DE BORDEAUX).

bieron su historia. Pero cuando se examinan sin prevencion sus guerras y sus negociaciones, la grandeza del rey caballero se desvanece como un sueño. Si con algo se podía comparar su falsa ambicion, era con su incomparable nulidad. Abandonó el gobierno á favoritos; y la milicia francesa que, en su heroico arranque venció á los Suizos, que pasaban por invencibles, conquistó para su rey el bonito ducado de Milan. Pero ¿qué fruto sacó de esas conquistas Francisco I? Un hermano de la sultana reinante hizo, por su crueldad y su tiranía, que Milan se sublevase contra los Franceses, y perdió el ducado por su codicia y su incapacidad: el servidor era digno de su amo. Se atribuye á Francisco I el mérito de haber contenido el poder creciente de la Casa de Austria y salvado la Europa de la monarquía universal. La verdad es que en él no se encuentra ni siquiera una sombra de idea política; no tenía más que una ambicion, pero desatentada: el ducado de Milan; si Carlos V. se lo hubiese dado, Francisco I, lejos de contrariar sus designios, le hubiera auxiliado con todas sus fuerzas para hacerle monarca y el príncipe más grande que hubiese conocido la humanidad. Carlos V asegura que le fueron hechos estos ofrecimientos por su rival (1); lo dice en sus cartas particulares, y lo repitió en el discurso solemne pronunciado en Roma ante el papa, los cardenales y los embajadores: *Si yo hubiese aspirado á la monarquía universal, dice el emperador, jamás hubiera sido contrariado por el rey de Francia; al contrario, él me ha ofrecido su auxilio en todo y contra todos, con tal que consintiera en cederle el ducado de Milan* (2). Las ofertas de Francisco I excedían á todo lo increíble, y se vería un tentado á decir que era una calumnia, si el mismo rey no hubiera tenido cuidado de consignarlo en las instrucciones dadas á sus enviados. Oigamos á Du Bellay: "Si Carlos V emprende el viaje á Constantinopla, el rey de Francia le acompañará gustoso y le auxiliará con todas sus fuerzas." ¿Qué se diría hoy si el emperador de los Franceses se comprometiese á auxiliar al czar para la conquista de Constantinopla, á trueque de obtener la Lombardía ó el reino de Nápoles? Hé aquí el papel que Francisco I consintió desempeñar en beneficio de la Casa de Austria. Hay

(1) Carta de Carlos V al conde de Reux, 19 de Abril de 1535 (GRANVELA, *Papeles de Estado*, t. II, p. 345).

(2) DU BELLAY, *Memorias*, véase PETITOT, t. XVIII, p. 338.

más: el poder de la Francia en su lucha contra Carlos V consistía en la division de la Alemania; los príncipes protestantes eran, por lo tanto, los aliados naturales, como enemigos del emperador. ¿Y qué hizo Francisco I? Si se le da á Milan se pondrá á disposicion de Carlos V para restablecer la unidad de la Iglesia en Alemania. Y aún no son estos todos los ofrecimientos increíbles hechos por Francisco I. Enrique VIII había consumado el cisma y era el aliado de la Francia. Si alguna alianza debía ser mantenida con esmero por la Francia era la de la protestante Inglaterra, porque, mientras que permaneciera separada de Roma, se hacía imposible la reconstitucion del santo romano imperio. Pues bien, en cambio de Milan se obligaba Francisco I á tomar las armas para hacer *Enrique VIII se sometiese al fallo de la Iglesia*. Y no es eso todo: el rey de Francia ofreció, además, hacer traicion á sus aliados de Italia y de Alemania, todo en gracia de la magnificencia y acrecentamiento del emperador y de su hermano el rey de los Romanos (1).

Hé aquí la política de Francisco I. ¿No se parece á la de un niño que, para obtener un juguete ardientemente deseado, consiente en arrojar por la ventana todo lo más precioso que tiene? El rey de Francia era aún más inconsiderado que un niño; no veía que si Carlos V hubiera sometido á su obediencia á la Alemania, si hubiera llegado á reinar en Constantinopla y en Lóndres, él tambien hubiese quedado á merced del omnipotente emperador, el cual podría arrebatarle su caro ducado de Milan y hasta desmembrar la Francia, si así le acomodaba. Pero si Francisco I fué tan inconsiderado como un niño, no se puede asegurar que tuviese la buena fe de la infancia. Más adelante diremos lo que se puede pensar de la moralidad política del rey caballero, á quien todos los medios le parecían buenos para llegar á su fin, siendo el más habitual el del engaño y la mentira. Se ha hecho un mérito á Francisco I de haber salvado á la Reforma; fué, en efecto, el aliado de los protestantes de Alemania; pero ¿lo fué acaso para salvar la libertad religiosa? Á los que conocen sus crueles persecuciones contra los hugonotes, les parecerá que nuestra pregunta tiene un aire de necedad; oigamos, sin embargo, al embajador de Francia cerca de los prínci-

(1) PETITOT, *Memorias de DU BELLAY*, t. XVIII, p. 293 y siguientes.